

DOÑA ANA PONCE DE LEÓN,

CONDESA DE FERIA

No estará de más traer a nuestras mentes embebidas por la prisa y el materialismo la evocación de esta mi lueñe antepasada. La santidad de D.^a Ana, mística y mortificadora de su carne, contrasta vivamente con la vividura de nuestra época, que ha hecho del erotismo, del sexo, una degradante religión. Frente a la avidez de quienes se proclaman socializantes y se apropian en medio de los términos más abstrusos de la jerga cientifista del dinero del pueblo, la sinceridad, honestidad y desprendimiento de D.^a Ana, *chocan*. Doña Ana Ponce de León y Téllez-Girón, mujer del hombre más rico de la Extremadura de su tiempo, el Conde de FERIA, y nuera de la Marquesa de Priego, dueña de media Andalucía la Alta e hija del Duque de Arcos, cuasi Rey de Andalucía la Baja, deja honores, títulos y riquezas sin cuento para encerrarse en un convento y rezar por los demás, mortificando su delicado cuerpo, que antaño se luciera cubierto de ricas galas en los estrados de la Corte del "césar" Carlos.

Para las mentes simplonas y rastreras su vida parecerá absurda; para quienes sabemos que esta nuestra existencia terrena es prueba y destierro, su biografía es ejemplo a seguir y no aberración sadomasoquista, como la calificarían los volterianos.

Y tras este preámbulo y siguiendo la elegante prosa del

padre Roa, su biógrafo, tratemos de poner en pie a la santa Condesa de Feria y su mundo (1).

Nació D.^a Ana en Marchena, hoy provincia de Sevilla, cabeza en otros tiempos de Obispado y señorío y Palacio de los Duques de Arcos, a la sazón de su orto, el 3 de Mayo de 1527. Fue hija primogénita de D. Rodrigo Ponce de León, primer Duque de Arcos, y de D.^a María Girón, hija de los segundos Condes de Ureña. Su abolengo no puede ser más ilustre. Y la nobleza, como decía el padre Roa, no es ninguna antigualla inservible y "Athalarico, rey goda, tuvo por mejor escoger nobles que hacerlos: porque los unos, amonestados por los hechos de sus pasados, tienen en los ojos la guía de sus caminos. Los otros no tienen otro ejemplo, sino lo que ellos hicieron. Mas si bien la nobleza fué sol y luz, que nació con la virtud en sus primeros autores, ya en muchos se pone y se desvanece con la sombra y oscuridad de sus vicios. Mas esta señora conservó la que recibió de sus padres y acrecentóla de manera con sus heroicas virtudes, que sin respeto a merecimientos pasados, puede ser cabeza de su linaje". Era de niña tan mansa que sus criados la llamaban "cordera" al estilo del buen pueblo. A los doce años hablaba latín perfectamente. A los catorce, en 1541, la casaron sus padres con el cuarto Conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa, extremeño de pro y tan piadoso y limosnero como nos lo muestra la siguiente anécdota:

"Alzósele un criado con más de ocho mil ducados, culpa donde pocas veces ha lugar la gracia de los Príncipes, que de la vida hacen merced; no del dinero. Añadió después quejas de su prisión y palabras de ofensa; ordinarias armas de que se valen culpados contra jueces, y pequeños contra poderosos. Llegaron a sus oídos; porque nunca faltan lisonjeros, o enemigos; que a los agraviados azoren la venganza, y en vez

(1) *Vida de D.^a Ana Ponce de León, Condesa de Feria y después monja en el Monasterio de Santa Clara, de Montilla*, por el padre Martín de Roa, de la Compañía de Jesús. A D. Pedro Fernández de Córdoba, Marqués de Priego, etc. En Córdoba en casa de la viuda de Andrés Barrera. Año 1604.

de dar la mano a los caídos, les den empujones, hasta asolarlos. Entraron de por medio ruegos, que solo pueden conquistar los ánimos generosos; como precio al fin de mercedes de grandes. Más escusóse algunos días con los intercesores, disimulando su acuerdo, y reservó la ejecución dél para el Viernes Santo, cuando anduvo las estaciones. Y entonces mandó traer al preso a la Iglesia, y llevándolo consigo a adorar la cruz, echólo de limosna en el plato: dónde ofreció a Nuestro Señor 8.000 ducados de deuda, y mas los agravios que de sus palabras habia recibido."

El Conde no desdecía, pues, en piedad a su mujer, que no en vano fué llamada la "Enamorada del Santísimo Sacramento".

La Condesa, muy guapa, aunque era "en hermosura y gentileza un ángel, tenía tan dulce gravedad en su semblante, que componía a quien la miraba". Buscaba tiempo y lugares secretos, donde sin peligro de vanagloria, domaba su carne con disciplinas. Sus costumbres eran tan puras, su ejemplo tan nuevo, su trato tan agradable y las promesas de sus virtudes para adelante tan grandes, que por ellas y por la lindeza y gracia de su rostro, era en todo el regalo de sus tíos, con los que se crió, pues pronto quedó huérfana, y de su casa y familia. El Conde en particular la amaba con más ternura que con mejores ojos, pues ya veía en la sementera de aquella tan concertada niñez, los frutos que ahora gozamos de su edad cumplida. Y así la llamaba él, "mi cruz de oro", por haber tomado ella el nombre de Ana de la Cruz, en cuyo día nació. Y después, cuando corriendo el tiempo vió el resplandor de su vida religiosa, la hermosura de sus santas costumbres y maravillosas virtudes, llamóla "mi cruz del cielo"; de donde en verdad era ella más que de la tierra.

La virtud y buenas cualidades de esta señora no pudieron (aunque procurándolo ella) esconderse a los ojos del Reino y menos a los de la Marquesa de Priego, señora de Aguilar, doña Catalina Fernández de Córdoba, quien como tan semejante en costumbres, la amó y codició para esposa de su hijo el conde D. Pedro de Córdoba Figueroa. Digno sólo él de

tan rica prenda y codiciada de muchas otras por sus excelentes virtudes. Quisiera ella conservar el estado virginal en que estaba, sin reconocer otro esposo en la tierra, del que había escogido en el Cielo. Mas, viéndose obligada por sus deudos a mudarlo, consideró que también había Dios Nuestro Señor dado ley de matrimonio para que saliendo de esta luz parte de los hombres y entrando parte en ella, el linaje humano a manera de río corriese y se extendiese, si bien caduco y deleznable por la muerte, también por la generación de los hijos continuado y perpétuo para que Dios, a quien nacemos y morimos, fuese por más criaturas suyas conocido y glorificado.

Sus desposorios se celebraron en 1541 como anticipamos, mas, apenas se celebraron, cuando el Conde sin poner pie en el lecho conyugal, tomó la vuelta de Flandes para acompañar al Emperador en sus guerras. Gastó en ellas más de tres años, los cuales ella ocupó en sus oraciones y sacrificios. Pasado este tiempo volvió el Conde a España; recibió las bendiciones de la Iglesia, y con ellas a su esposa, velándose. Pidieron licencia al Conde de Ureña, tío de D.^a Ana, y con gran sentimiento de él y de su casa, partieron de Osuna para Montilla, donde con gran regocijo de todos entraron el día de San Gregorio Papa, el 12 de Marzo de 1545. Detuviéronse aquí un año en el que la Condesa edificó a todos con su bondad. Queda en la memoria de las gentes un rasgo de caridad de D.^a Ana muy curioso: Estaba ella un día en el pasadizo, que de Palacio va al convento de Santa Clara, y llegó un pobre a pedirle limosna y no hallándose por entonces con otra cosa que poder darle, quitóse de la mano la sortija de su desposorio y arrojóse la. Salió el pobre tan espantado como contento; y como quien no sabía tener, tampoco supo contenerse sin hacer parte a todos de su buena dicha. También quebrantaba y deshacía los collares de oro y gargantillas y las demás joyas y piezas de sus cofres para venderlas sin riesgo de ser conocidas y sustentaba con su precio a los pobres.

En el año de 1546 se fueron los Condes de Feria a Zafra, cabeza del Estado de los Figueroa, y aquella cuaresma tuvieron consigo al padre maestro Juan de Avila, hoy ya Beato

y casi Santo, con cuya doctrina y sermones crecieron en religión y virtud.

Luego el año siguiente de 1548, de Zafra pasaron a Constantina un verano. Y allí les dió Nuestro Señor un hijo a 25 de Agosto, que llamóse D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Ponce de León. Recién bautizado murió el que fué su único hijo varón. Estuvieron presentes fray Luis de Granada y el padre Juan de Avila. Resignóse cristianamente la Condesa.

Durante sus oraciones varias veces se le apareció el Señor. Su confesor, el padre maestro Juan de Avila, transcribe en sus obras los relatos de D.^a Ana. Dice ésta:

“...sobre todo me hizo merced de particular luz en la consideración del Misterio de la Encarnación: en que estaba de ver el amor, la bondad, la sabiduría y largueza suya: el deseo de la salvación de los hombres, con que nos dió a su hijo por Redentor...” ...“Cuando pecare, me ha mandado que me vuelva a pedirle perdón con mucha confianza: que mi remedio está en llegarme siempre a él. Porque del Padre es librar a los hijos, y así lo ha hecho conmigo. Y enseñóme que cuando mas pobre de méritos me viese, entonces me acuerde de los de Jesucristo mi padre, que son infinitos: y que por haberme dado su vida, y su corazón, y tomádome para si, le pida perdón, diciendo: Señor por aquel amor con que a la Cruz subistes me perdonad. Preguntóle a Nuestro Señor, en mi recogimiento con que se habían de quitar las manchas de mi ánima. Y dióme a entender que con su sangre, y entendí yo, que en la Confesión. Y hame dado Nuestro Señor propósito de morir antes, que hacer un pecado mortal.”

Vestía la Condesa a centenares de pobres y cosía los vestidos de su propia mano, ayudada de sus doncellas.

Fué muy dada al estudio de las divinas letras, ayudándole para ello su claro entendimiento y noticia de la lengua latina, con la enseñanza de tan gran maestro como el padre Juan de Avila.

Quedábale una sola niña heredera de su estado, que después fué Marquesa de Priego, tan pequeña, que arrimándose demasiado a las barandillas de un corredor por una de ellas se deslizó al suelo a vista de la Condesa. Quiso el Señor hacer

prueba de su paciencia, señalando solamente el golpe, sin dárselo: porque un criado que estaba en el patio la recibió en el aire, y gozoso la volvió a los brazos de su madre, y ella la agradeció a Dios, como si de nuevo se la diera.

Hízole Cristo en este tiempo un singularísimo favor, estando ella en muy devota oración, donde se le apareció su Majestad y le mostró el corazón herido, y con semblante agradable y amoroso le dijo que de su amor era aquella herida y en retorno la quería toda para sí.

Dios despojó al conde D. Pedro de Córdoba Figueroa, su marido, de la mejor hacienda y bienes temporales, que en esta vida se poseen, y a ella de todo el bien que de su divina Majestad poseía. Quitóle a él la salud y derribóle en una cama, donde padeció tres años continuos de enfermedad penosísima para él y también para la Condesa. Amábalo ella como a hijo y respetábalo como a padre y señor. Servíale con grandísima voluntad y no fiaba su cura de criados, que en estos trances desahuciados, más ojos tienen a pagarle de servicios pasados que a merecer paga con los presentes. No se apartaba junto de su cama y procuraba con gran sollicitud su remedio. El día pasaba en continuo trabajo, las noches casi sin descanso, pendiente a todas horas muy punto de los labios y aún de los ademanes del Conde para satisfacerle en sus deseos y socorrerle en sus necesidades. Y para hallarse más presta y desembarazada a todas ellas, jamás tomó sueño desnuda en todos tres años de enfermedad, ni la cansaron los antojos de enfermo, ni la enfadaron ascos, ni quejas la desabrieron. A todo hizo igual semblante, y sola era su pena al ver padecer al Conde. Pusiéronle una vez al enfermo los achaques en tal extremo, que se mostró desabrido a la Condesa. Pasó presto el accidente, y sintió pena el Conde y entristeciósese por la que pudo recibir la Condesa con su disgusto sin merecerla. Mandó llamar al padre maestro Avila y díxole: "Padre, consuele vuestra reverencia a la Condesa y pídale en mi nombre perdón del poco agradecimiento con que pago los muchos regalos que me hace." Dióle este recado el padre maestro Avila y respondióle: "Diga vuestra reverencia al Conde que más siento sus contricciones que sus

culpas." Fineza de amor, sentir más los dolores del amigo que los agravios propios.

Tiene el doliente en la compasión de los amigos alivio a su dolor, y ninguna más suave medicina al enfermo, que ver en los suyos sentimientos de sus congojas. Y en los acontecimientos tristes y naufragios de esta vida, oportunísimo puerto es al marido el amigable pecho de la mujer. Tal lo halló el Conde en la tribulación de tres años de enfermedad en esta sabia Condesa, cuya mansedumbre y paciencia le hacían llevadero lo insufrible. Sentía juntamente con él sus accidentes que, aunque a ratos daba muestras de ello en el semblante, luego lo serenaba, y con su aliento ahuyentaba las melancolías del Conde y mucho más con la suavidad y dulzura de sus palabras.

Procuraba la Condesa templar al Conde y disponerle para que hiciese menos impresión en su ánimo el peligroso trance de la muerte con algunas cuerdas y bien pensadas razones, que ella en veces repartía. "Soldado sois —le decía— y hecho estáis a las armas y, con ellas, al tributo de la paciencia con el rigor del hielo y en el ardor del estío, sin buscar regalos ni perdonar trabajo. No os acobarde en vuestra casa el temor de aquello cuyo desprecio os hizo ser temido de vuestros enemigos en la campaña. Pues ni aquí es la muerte más poderosa, ni allí menos terrible. Y la vida contra quien ella pelea, mucho más apetecible entonces que ahora, por la comodidad que la salud y vigor de las fuerzas os dan para gozar de los bienes de ella. De los cuales os ha privado la enfermedad, dejando en vuestra alma sólo el arrepentimiento de los tiempos pasados y en el cuerpo el dolor de los males presentes. Pareceros ha que han sido menores los encuentros de otros: también lo serán los galardones, pues los trabajos bien sufridos son el precio con que se alcanzan de Dios grandes mercedes. Y no es la menor de ellas, poner al hombre en ocasión apretada de merecellas. La ocasión tenéis en la mano y pues la tribulación de tan larga y tan pesada enfermedad os representa batalla, haced como caballero cristiano y puestos en medio del peligro aseguraos con el escudo de la fe, que bastante es, como dijo el Apóstol, para

rebatir todas las saetas del enemigo. Mirad que el Cielo está a la mira y el mundo y los ángeles y los hombres a vista de como os valéis de las armas de Jesucristo y el mismo Señor con su presencia os esfuerzan y huelga mucho de ser testigo de vuestros hechos, porque ha de ser remunerador de vuestra victoria. Si recibe heridas el cuerpo no son de muerte, sino de salud para el alma. Y si él siente menoscabadas las fuerzas y oprimido el aliento con el peso de la enfermedad, eso mismo es lo que todos pierden a manos de la vejez sin esperanzas de recordarlo, cuando a pesar nuestro, como heno, caemos sin haber dado otro fruto de nuestra vida, que muchos mal empleados; y por flores, canas sin honra. Los que en ociosidad y deleite han vivido afrentosamente forzados de la necesidad, con deshonra mueren y sin premio; mas vos, señor, que en tan honrosos ejercicios habéis empleado la mejor de vuestra vida haced del resto de ella agradable sacrificio a Dios, que sabrá premiarlo. Yo harto hago en veros padecer y acompañar vuestros dolores con el mío que, en parte, es más fuerte, por padecerse en el alma y ellos en el cuerpo. Si con mi vida pudiera rescatar la vuestra, ninguno más pródigo de su hacienda que yo de ella. Y si mi sangre pudiera suplir la falta de vuestras venas, ninguna más liberales en darlas. Siento vuestras penas y, sobre todo, una que mucho me lastima de no poder remediarlas. Aquel Señor de cuya mano os vienen, con el poder infinito de su brazo os defienda y os ampare debajo de su sombra, que sola permanece, porque él nunca se muda. Y si el mundo y sus cosas al mejor tiempo os huyen y los vuestros no somos poderosos a detenerlas, dejadlas ir, que de los enemigos los menos. Y asíos de las eternas, que solas pueden dar reposo a vuestro corazón y consuelo al mío, en esta ocasión; donde perdiendo a vos, todo lo pierdo, sino es lo que nadie puede quitarnos, si no lo dejamos, que son los bienes que de Dios esperáis y yo os deseo. Lo demás olas son de río caudal, que cuando con mayor avenida corren, más aprisa se van, y al mismo punto que parecen se están desapareciendo, sin dejarse ver de quienes las mira. Poned los ojos en el puerto a que os acercáis de la bienaventuranza y cuando los pensamientos y congojas de la

muerte, como olas de mar inquieto, más combatieran a vuestra alma, no desmayéis, pues no es tempestad la que os echa a la orilla, ni muerte la que os lleva a la vida.”

El Conde, viéndose morir, se apenó pensando que dejaba a su mujer viuda tan joven y a la única heredera de su casa, D.^a Catalina, una niña. Pero era hombre de recio temple y en las ansias de la muerte —según nos cuenta el padre Roa— tuvo arrestos para orar la siguiente parrafada:

“Hermana y señora mía, no me desmaya enfermedad, aunque el peso de tan largo tiempo fatiga estos miembros cansados de sustentarlos, antes la tengo por medicina de las llagas de mi ánima y en virtud de ella espero recibir de mi Señor la salud que me quitara mis pecados. Bien sé que son continuas las tempestades de este siglo y que a la nave de nuestra vida no hay cosa que así la maltrate como estar parada, porque los vientos de las tentaciones la ponen en peligro y no tiene seguridad hasta tomar el puerto de la muerte. Esta no me asombra, que acostumbrado estoy a romper muchas veces con sus amenazas, ofreciendo la vida en las guerras en defensa de mi fe y de mi Rey. Bien sé que el caballero cristiano en las adversidades se conoce y el que está hecho a probar fuerzas con los enemigos mejor las muestra con los males que padece...” ...“Harame suelta la misericordia divina de los cargos que me hace su justicia. Grandes bienes recibí de Dios. Mi partida se acerca y los correos de la muerte vecina, por momento os dan dolorosas nuevas de mi vida. Dejo os porque Dios así lo quiere en la flor de vuestros años sin marido y con una hija niña y sin padre. Esta os encomiendo.”

La Condesa con la meditación continua de Cristo Nuestro Señor y con el uso de refrenar sus pasiones, las tenía tan sujetas a la razón que recibió con paciencia la herida del dolor y respondió:

“No os da pena eso, señor, que si Dios, que para mí os puso en su lugar os quitare, El entrará en él y suplicará vuestra falta remediándola.”

Con razón se admiraba como de cosa tan grande y tan rara en nuestro siglo y en todos, el padre maestro fray Luis de

Granada cuando en esta ocasión procuraba consolarla, pues a las primeras razones ella, con maravillosa entereza de ánimo, le respondió:

“Si Dios quiere llevar al Conde, llévalo muy enhorabuena, que suyo es y prestado lo he tenido hasta que quisiera pedirlo Su Divina Majestad.”

El Conde al poco rato de confesarse con el padre Juan de Avila expiró, estando a la sazón D.^a Ana rezando en el oratorio. La Condesa en su plegaria se despedía de él como si de otro día hubiera de volver a verlo; sabiendo que de ahí en adelante su único esposo sería Cristo.

En estos pensamientos le cogió el llanto que los de Palacio hicieron al tiempo de expirar el Conde, y advertida por él de su muerte, alargó el paso para entrar en su recámara. Mas atajóla el camino el padre Avila, a quien preguntó ella:

—¿Cómo queda el Conde?

Llevaba él en la mano el crucifijo con que le ayudó a morir y, alargándosele, dijo:

—Este es el Conde de vuestra señoría, que ya no tiene otro.

No empezó D.^a Ana a proferir berridos de dolor, ni a desgreñar los cabellos al estilo de las gentes ordinarias. Ademas son estos de vulgares ánimos, que carecen de verdadero espíritu y sentimiento vivo de las cosas divinas. Mas la Condesa, en quien el espíritu del Señor tanto reinaba, recibió el Cristo que le daba el maestro en lugar del Conde y abrazada con él se recogió a su tribuna. Ella estaba sosegada vacando a Dios, que era el gobernador de su alma.

Ocurría esto el año 1552 en la villa de Montilla, capital del Marquesado de Priego.

El cuarto Conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdoba Figueroa, era hijo del tercer Conde, D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Toledo y D.^a Catalina Fernández de Córdoba, segunda Marquesa de Priego, y nació según se cree en Zafra el año 1519. El conde D. Pedro fué persona de valía excepcional y prudente y acertado en los Consejos de la Corona. Sirvió al “césar” en Alemania, quien le envió allí al cerco de la ciudad de Dura, donde juntamente dió muestras

de su valentía y clemencia. Porque habiendo sido el asedio de muchos meses, largo, pesado y costoso, él lo apretó en pocos días, de manera que entró el lugar por fuerza de armas. Y habiéndose echado antes un bando por orden del Emperador que pasasen a cuchillo a todos los enemigos de cualquier estado y condición que fuesen hombres o mujeres, el Conde mandó pregonar el día del último asalto otro contra-bando, que ningún soldado fuese osado hacer agravio a las mujeres o niños, so pena de la vida, y así lo cumplieron. El Emperador, pasada la cólera, se alegró de que el Conde no llevara a cabo su severa ordenanza.

Don Pedro nada pedía para sí y sólo esperaba órdenes. Cuando otros grandes entraban en la Recámara del Emperador a solicitar sus pretensiones, a título de entretenerle, quedábase en la antecámara. Hasta que reparando en ello un día el Emperador, salió fuera, y viéndole le dijo:

—¿Cómo no entráis dentro con los demás, Conde?

—Porque ellos —respondió él— tienen que suplicar a vuestra majestad. Yo aguardo que me mande, para ocuparme en el servicio de su Corona.

Carlos I quiso que fuera Mayordomo Mayor del príncipe Felipe —futuro Felipe II— y no hubo manera de hacerle acceder a aceptar tal cargo. Era hombre de peso, sosegado y templado, de claro ingenio. No era demasiado agudo y fogoso. Los más sutiles son los que menos aciertan en el Gobierno y más a propósito para innovar cosas que para hacerlas.

El Conde, de corazón magnánimo, aborrecía los escasos y avarientos de cortesía y llamábalos ladrones de honra, más dignos de castigo que los de la hacienda, cuanto es de mayor precio el ser honrado que rico. Sabía que propiamente es honrado el que honra, como limosnero el que hace la limosna, porque la honra es virtud de costumbres y como tal está primeramente en el que la hace a los otros y después participada en quien la recibe.

Perdonó a un cazador furtivo que cazábale un coto, único entretenimiento suyo, al enterarse de que cazaba para mantener a su familia, pues era muy pobre, y además le dió una importante limosna, permitiéndole de entonces en adelante cazar siempre que tuviera necesidad de ello,

Tuvo una vez una discusión violenta con D. Hernando Gonzaga, Capitán General de los Ejércitos del Emperador, por cuestiones de etiqueta con damas de Palacio.

Enteróse el Emperador del escándalo que fué asaz grande y viendo una vez algo alborotado al Conde, le dijo con un poco de cólera:

—¿Qué es esto Conde?

Respondióle al punto:

—Señor, veintiún años de edad.

Digna respuesta de su gran entendimiento y discreción. Tal era el digno marido de la santa Condesa muerto en la flor de la edad con sólo treinta y tres años.

Una vez viuda D. Ana lo primero que pensó es meterse monja en Montilla, ante los aspavientos de su suegra la Marquesa de Priego, que no sin razón le recordaba que dejaba en el mundo una hija niña, chica aún. La de Priego echaba la culpa del monjío al padre Avila; mas ella insistió en que el padre Juan de Avila nada sabía del caso y que la responsabilidad era sólo suya.

En esta notable familia todo el mundo tenía sus puntos de místicos, pues la hija única de los cuartos Condes de Feria, D. Pedro y D.^a Ana, y heredera del Marquesado de Priego y luego Marquesa de este título a la muerte de su abuela, doña Catalina Fernández de Córdoba Figueroa y Ponce de León, fué también piadosísima. Cuenta el padre Roa que doña Catalina cuando “aún no tenía lengua para hablar, siendo de año y medio, ya le bullía en el corazón una entrañable afición y devoción a Nuestra Señora, puesta por mano de Dios y por merced suya en el pecho de la niña. Tan fervorosa y encendida, que hacía demostración en los labios viniéndosele a la boca su nombre en la cual muchas veces le oían estas palabras: Santa Ma..., Santa Ma...; no pudiendo por la mucha ternera de su niñez formar las últimas sílabas de María. Pronóstico de la tiernísima devoción que con Nuestra Señora tuvo, y creció siempre con la edad en esta Santa”.

A la muerte del IV Conde de Feria, D. Pedro Fernández de Córdoba Figueroa, no pasó el Condado a su hija Catalina, sino por imponérselo la fundación del mayorazgo al

hermano menor del difunto Conde, D. Gómez Suárez de Figueroa, luego primer Duque, ya que el título de Feria no podían llevarlo hembras.

Mas quiso el D. Gómez no sólo ser señor del estado de Feria, sino también quedarse con el Marquesado de Priego que legítimamente correspondía a su sobrina D.^a Catalina. Se entabló el oportuno pleito, muy desagradable por ser entre parientes tan cercanos; pero era tan enemiga de la murmuración D.^a Catalina Fernández de Córdoba Figueroa y Ponce de León, que en lo más álgido del proceso, alargándose no se qué mujeres a decir algunas cosas en su presencia, las reprendió ásperamente, diciendo "que los pleitos no le habían menoscabado el amor que al Duque, su tío, tenía, y que en hablar de él en aquella manera no sólo no le daban gusto, sino tormento". Murió santamente D.^a Catalina a los veintisiete años de edad el día 27 de Septiembre de 1574 en Montilla, siendo enterrada en el Colegio de la Compañía de Jesús de dicha población. Llevaba casada desde los doce años y cuatro meses. Fué su marido su tío, hermano menor de su padre, D. Alfonso Fernández de Córdoba Figueroa.

Estuvo propuesta para casar con su otro tío D. Gómez Suárez de Figueroa, el que andando el tiempo fué Duque de Feria, pero éste se enamoró locamente de la bellísima inglesa Jane Dorner, cuyo retrato, de Antonio Moro, nos maravilla en el Museo del Prado, y prefirió casarse con una pobre a llevarse al tálamo a la mujer más rica de Andalucía.

La marquesa D.^a Catalina, religiosísima como su homónima abuela, se apareció después de muerta a una endemoniada librándola de sus tormentos.

Volvamos al original de donde ella se copió, dijo la Condesa, su madre, a quien poco ha dejamos en su tribuna gozando las primicias del estado que escogía.

En el Convento al principio las otras monjas tomaron lo de su monjío por momentánea chaladura pseudo-mística de señora, pero ella perseveró y pedía ejecutar dentro del cenobio las labores más duras, fregando, barriendo y hasta llevando ladrillos en las obras y poniéndolos ayudando a los albañiles,

No consentía ella, hija y mujer de Grandes de España, que le dieran tratamiento alguno. Peleaba por perder títulos y apellidos como otros en ganarlos. No aceptaba más tratamiento que el de hermana; mas ella, a las otras monjas, las llamaba "señoras mías". Su frase favorita era "nada soy".

Contóle al padre Avila las muchas apariciones del Señor que ella tuvo, especialmente una en que, según ella relata —reproducimos sus palabras—: "Mostróme Nuestro Señor que sólo lo bueno que todos teníamos venía de Dios y los bienes que hacíamos eran como emanados de El. Con este conocimiento daba de muy buena gana la gloria a aquella bondad de donde veía que todo el bien procedía. ...Mostróme que tenga mi ánima por la más pobre y baja de todas y que a todo me humille. ...Mostróme que, aunque soy tan pobre, no me deje de presentar a El por El y sus merecimientos. Por los cuales lo puedo hacer, que por sola su misericordia me había vuelto y tomado del camino de mi cuantísima pobreza y necesidad por hija y pupila al amparo de sus alas..."

No hablaba con nadie y a la marquesa D.^a Catalina, su hija, con ser vivo retrato suyo, no la veía sino de muy de tarde en tarde, y a dos nietas que consigo tenía dentro del Convento, por milagro las hablaba. Y lo que admira más a la Marquesa suegra, a quien amaba y respetaba tiernísimamente, estando dentro de unas mismas paredes del Monasterio, donde ella solía retirarse a tiempo, pasaron una vez más de once meses sin hablarle una palabra. Una vez el padre Avila, su confesor, le dijo que recibiera a sus hijas y nietas. Obedeció ella y respondióle:

"¿No ve vuestra reverencia que son parientes de carne y que es menester huir de ellos?"

Su yerno y cuñado D. Alfonso Fernández de Córdoba Figueroa, llamado de Aguilar, casado con su hija, y hermano del difunto Conde, su marido, estuvo varios años esperando para poder visitarla y cuando nació el marqués D. Pedro, su nieto, a quien ella como heredero suyo mucho quería, escribió al padre fray Luis de Granada: "El idolillo ha nacido, ruegue vuestra reverencia a Dios que no tenga más lugar en mi

corazón del que ha de tener". Y recelando esto, cuando lo trajeron de bautizar no le quiso tomar en brazos. Y en los de una dueña de Palacio dejó a la niña D.^a Catalina, su nieta, en la tribuna de la iglesia, saliéndose de ella sin verla. Tan riguroso verdugo era de sus gustos, que como otros son cuidadosos de lograr bien lo que se buscan, ella era constantísima en malograr los ofrecidos.

Salió D.^a Catalina, su nieta, del Convento de Santa Clara, de Montilla, donde la tenía consigo, para el de las Descalzas Carmelitas, de Córdoba. Sintieron esta mudanza las monjas, lloraron la soledad que les causaba su ausencia y echaron de menos la nobleza y ejemplo de sus costumbres, con que su Monasterio tenía título de honra y ellas espuelas a la virtud. Teníale grande amor la Condesa, como a sucesión al fin de su sangre y mucho más por ser depósito de las virtudes, que en la Marquesa, su hija, resplandecieron. Pensaron las monjas hiciera resistencia, o al menos sentimiento. Sólo dijo:

"Si la madre Teresa la ha menester, llévela en honra buena."

La madre Teresa en cuestión es la reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Avila.

Era tan veraz y enemiga de milagrerías y exageraciones de falso misticismo, que una vez le enviaron como reliquia un paño de cabeza de la falsa "monja de las llagas de Portugal", que simulando con gran habilidad que se habían reproducido las llagas de Cristo, pasó en el mundo por santa sin serlo. Estando muy enferma le pusieron en la cabeza el trabajo que tenían por reliquia. Ella lo rechazó diciendo:

"Esto no es más que un pañizuelo sucio."

Tenía ella en su celda una imagen de la Santísima Trinidad muy estropeada y una monja quiso quitarla de donde estaba. Mas no lo consintió ella, diciendo:

"No, hermana, que esta imagen ha hecho conmigo un milagro y me consuela."

Había la Condesa referido al padre Villaras, su confesor a la sazón, que poniendo una vez los ojos en ella, le habló desde allí la persona del Padre y le dijo:

—¿Cuándo nos hemos de ver?

Humillóse ella y gozóse tanto con esta merced que le dijo a su confesor:

“No pensé, padre, que era Dios Padre tan humilde.”

El demonio se le aparecía a menudo haciendo ruidos y atravesándosele a la puerta de la tribuna cuando quería ir allí de oración para que no entrase. Le daba golpes de que la dejase lastimada. Valíase contra este enemigo de la señal de la Cruz.

Cuando se enteró de que estaba a punto de muerte y la iban a sacramentar, alegróse con esta nueva, y respondió:

“Muy enhorabuena, que esto es la vida. Tráiganme el viático y la extremaunción.”

En este trance, ya en el delirio, de ninguna otra cosa mostró tener memoria, sino sólo del Marqués de Priego, don Pedro, su nieto. Porque muy cercana a su partida preguntó:

“¿Está ahí Pedro?”

Es curioso que esta mujer que había sacrificado en aras de un bien superior sus defectos de hija, madre y abuela, cuando ya su voluntad férrea no pudo dominar su corazón, pregunta por su nieto predilecto.

La Condesa de Feria, D.^a Ana Ponce de León y Girón, no se metió en el Convento por fea, ni mucho menos, pues su biógrafo, el padre Roa, que la conoció, nos dice que “era esta santa de lindo talle, grandemente hermosa y bien proporcionada; de cuerpo alto, delgado; el rostro más redondo que largo; la tez blanca, colorada y como bruñida; la frente ancha, serena y lisa, sin arruga alguna en la edad última de setenta y cuatro años.

Los ojos de color de cielo oscuro, que tiraban a negro, medianos y agraciados. Rojas las cejas, blandas y arqueadas; nariz mediana, derecha; boca pequeña y labios colorados; voz clara y suave; manos largas, delgadas y blancas. Todo el semblante agradable sobremanera y modesto; el mirar apacible y grave. Todos sus ademanes honestísimos, fieles testigos de la pureza de aquella alma bendita. Buen ejemplo a seguir en estos tiempos de egoísmo, culto al placer y de la real gana, el que nos brinda esta férrea dominadora de sus pasiones que fué D.^a Ana Ponce de León, cuarta Condesa de

Feria. Ahora que se va a elevar a los altares como santo al que fué su director espiritual, Juan de Avila, quizá fuera oportuno incoar el proceso de beatificación de D.^a Ana, extremeña de adopción por su casamiento con el primer señor de Extremadura de su tiempo, cuarto Conde de Feria, y cuyo nombre de Ana Ponce de León porta una calle de la villa roquera y encastillada del título de su marido.

El filósofo Pedro de Valencia y su estudio sobre la verdad

Yacen ocultos en los rincones de las bibliotecas de España muchos libros escritos por grandes ingenios. Es justo que sigan preocupados de ellos y se les conceda el valor que poseen, sacudiendo el polvo de los siglos que los cubre.

Entre los libros de la Biblioteca Nacional de Madrid, hemos hallado uno con la siguiente signatura: N.º 1864. Se trata de la famosa Académica, sirve "de iudicio esse veritas ex his primis fontibus", de Pedro de Valencia. ¿Quién fue este filósofo?

El filósofo.—Un humanista entre de fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna. Su vida discurre del año 1555 al 1626. El insigne Méndez Bejarano le hace "natural de Córdoba" (*Historia Literaria*, página 384 Madrid, 1897). En cambio, el diccionario *Hispania* dice que nació en Zafra, provincia de Badajoz, y que pasó muchos años de su vida en Córdoba con sus padres, alternando con Salamanca y transcurriendo sus días en Madrid.

Fue precisamente en Salamanca donde adquirió la graduación latina de los Salvos, de Arias Montano, insigne educador también de Prigeral de la Sierra, con quien tuvo una gran amistad y de quien aprendió el latín y la lengua hebrea.

(Conferencia pronunciada por el Excmo. Sr. D. Alfonso de Figueroa y Melgar, Duque de Tovar, en el Instituto "Bárbara de Braganza", de Badajoz, el viernes 22 de Mayo de 1970.)